

Sesión solemne de recepción de nuevos académicos

Esta sesión solemne, que tuvo lugar el día 20 de junio de 1979, tuvo como invitados de honor al doctor Carlos Gual, Subsecretario de Asistencia, con la representación del doctor Emilio Martínez Manautou, Secretario de Salubridad y Asistencia; al doctor Gilberto Flores Izquierdo, Subdirector General Médico del Instituto Mexicano del Seguro Social, con la representación del licenciado Arsenio Farell Cubillas, Director General del Instituto; al doctor Armando Piña Herrada, Subdirector General Médico del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado, en representación del licenciado Carlos Sansores Pérez, Director General del mismo Instituto; y al doctor Octavio Rivero, Director de la Facultad de Medicina, en representación del doctor Guillermo Soberón Acevedo, Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. Estuvieron también presentes los académicos honorarios doctores Clemente Robles, Bernardo Sepúlveda, Aquilino Villanueva y Salvador Zubirán y los presidentes de Departamento, doctores Carlos R. Pacheco, Alfonso Escobar Izquierdo y Miguel E. Bustamante.

Ingresaron como académicos numerarios los doctores Juan Andrade Pradillo Cárdenas, Juan F. Cruz Krohn, Emilio Exaire, Mariano Hernández Goribar, Roberto Kretschmer, Susana Helena Kofman, Obdulia Rodríguez, Antonio Velázquez Arellano y Genaro H. Zenteno Alanís. Fueron admitidos como académi-

cos correspondientes los doctores Arturo Aguillón y José Antonio Cetina; y recibidos como académicos titulares los doctores Hernando Guzmán West y Alfonso Escobar Izquierdo.

Presentó a los nuevos académicos, con un resumen de su carrera, el doctor Jorge Corvera, secretario general; hizo la salutación de bienvenida el doctor Jaime Woolrich, presidente de la Academia Nacional de Medicina. Después de que se impuso la vena a los nuevos académicos, habló en nombre de ellos la doctora Susana Helena Kofman. Los textos de ambas alocuciones figuran a continuación.

Discurso de bienvenida a los nuevos académicos, pronunciado por el doctor Jaime Woolrich, presidente de la Academia Nacional de Medicina

Hace casi cuatro décadas, los miembros de mi generación teníamos la oportunidad de asomarnos, de cuando en cuando, al antiguo recinto en que sesionaban los miembros de esta Academia, en la vieja Escuela Nacional de Medicina, allá en la plaza de Santo Domingo.

Los sentimientos que entonces dominaban nuestro estado anímico eran el respeto, un profundo respeto, y temor, ese temor que era casi endémico entre estudiantes de medicina, respeto y temor ante la fuerza de tanto saber que imaginábamos descomunal. La circunspección, la gravedad que prevalecía en aquellas audiencias son difíciles de describir; pero rememoraban algo que habíamos visto antes: la reproducción de un viejo óleo que representaba la lección de un prócer de

la medicina ante una audiencia similar a la que veíamos, en la Academia Francesa de Medicina? Se trataba de Pasteur? ¿Corvisart? ¿Claudio Bernard acaso?

El temor y el frío sobre la piel en las épocas invernales de exámenes; la frialdad de las piedras virreinales y la no menor de los sinodales de la para muchos, abominable anatomía, completaban el síndrome de nuestra humildad obligada. De allí la admiración, pero siempre, también, el temor inevitable ante la nobleza del espectáculo en sesiones de esta Academia hace casi 40 años. Cabezas pensantes, profundamente reflexivas, serenas, preclaras: Fernando Ocaranza, José Joaquín Izquierdo, Santiago Ramírez, Alfonso Pruneda, Ignacio González Guzmán, Ignacio Chávez, Manuel Martínez Páez, Raoul Fournier. Las estrellas rutilantes de la medicina en su alto cielo, al alcance de nuestra vista.

¿Cómo habían de humanizarse, para nosotros, al correr del tiempo y acercarnos a ellos, al grado de sentir sus manos cálidas en el saludo afable; en la mirada cordial; en su rico anecdótico; finalmente al compartir este hermoso recinto con ellos, vivos, algunos ya en los muros de esta casa!

La vida da vueltas y nos encontramos en las esquinas del tiempo, pero va sin temor; sólo admiración y respeto. Aún van delante de nosotros, son los guías dilectos.

En este suspiro centenario de la historia de esta Academia, iremos penetrando en la bruma de la evocación. Las figuras se irán perdiendo más pronto o más tarde, según la dimensión de su tarea y su entrega.

Señores nuevos académicos: ustedes van siendo ya, desde ahora, las figuras admirables, respetables, preclaras del futuro cercano; pero ya no infundirán temor, porque este ha ido desapareciendo de la mente de los jóvenes que ahora se asoman a este recinto y que ya sólo temen a cosas tan grandes e importantes como su futuro, ahora tan incierto; la patria y el mundo; ya no a las personas por su gravedad, que ha sido suplantada por la antioleminidad, o bien por su sapiencia. Porque el saber, ahora, anda muy disperso en el papel impreso y omnipresente hasta en las ondas de la radio y la televisión; forma parte de la contaminación ambiental; ha roto la barrera de los pesados volúmenes, la cárcel de las academias y el cerebro de los privilegiados eruditos. Quizá ahora, quienes aquí se asomen sólo inquirirán cuál es el papel que aquí, nosotros representamos.

Bienvenidos a esta casa que puede ser todo, menos un remanso, una casa de descanso o retiro; no penetren a ella con la idea de la inmovilidad.

Bienvenidos a esta atalaya de privilegiada altura, desde donde podemos contemplar, sí, la vertiente del pasado; vivir con la plenitud que queramos el presente e intuir, adivinar y sobre todo, tratar de construir o reconstruir el futuro de la medicina mexicana, ahora en tan grande compromiso. La Academia es ahora un lugar con pesada responsabilidad. La vida ha cambiado de modo extremo. Inmersos en una realidad nacional dramática, estamos en busca de una nueva identidad; estamos en una crisis de ella.

Nuestra realidad actual, en el área de la salud, está tan vigorosamente presente, que no podemos ser ajenos a ella. Ya no más el apacible cuadro que rememoré al inicio de estas breves palabras de bienvenida; necesitamos trabajar por el bien de México. Tenemos, tienen

ustedes, una responsabilidad muy grande, que se mide por la extensión, la profundidad y la excelencia de los curricula con que ustedes han ingresado en esta casa. Ya lo dijo Platón en la primera academia: "El conocimiento ha de tener un objeto; ha de ser de algo, que de lo contrario no es nada", toda su sapiencia, distinguidos nuevos académicos ahora que se sabe quiénes son ustedes, deberán ponerla al servicio de nuestro necesitado país. Si no, por alta y excelente que sea, será sólo polvo de esperanzas.

Palabras de la doctora Susana Helena Kofman, en representación de los académicos de nuevo ingreso

Quiénes hoy somos admitidos como miembros de esta Corporación, nos sentimos honrados y conscientes de la responsabilidad que adquirimos al ingresar a este organismo de la ciencia médica mexicana.

Desde el inicio de la revolución científica, las academias han cumplido con el propósito de reunir, sistematizar y divulgar la información proporcionada por sus miembros, íntimamente motivados por cambiar la imagen fatalista de la historia, tan característica de la visión precientífica del Universo. Sin embargo, con el paso del tiempo, la creación científica y tecnológica ha modificado la estructura mundial y las academias deben asomarse cada vez más a la realidad del mundo circundante, para convertirse en factor activo del quehacer comunitario. Por esta razón, se incorporan a la actividad cotidiana e intervienen de múltiples maneras en la toma de decisiones relacionadas con el desarrollo de la ciencia, la salud y la educación.

En este sentido, las academias son organismos privilegiados que adquieren dimensiones de largo alcance y peculiar autoridad. Ya no basta con investigar el mundo físico, defender los valores intelectuales, estructurar el conocimiento y difundirlo. Como Órgano Consultivo del Gobierno de la Nación, esta Academia tiene, desde sus estatutos, la facultad de asesorar y la obligación de levantar la voz ante los problemas que nos aquejan.

El progreso científico de los últimos años ha contribuido a superar la escasez, a mejorar el nivel de vida y la seguridad material de los habitantes de potencias industrializadas. Sin embargo, en las países subdesarrollados, resulta irónico enaltecer las contribuciones de la ciencia al progreso social, cuando parte de la humanidad vive en o bajo el límite de subsistencia. En efecto, el hambre, la enfermedad y la ignorancia siguen siendo los problemas fundamentales y satisfacer las necesidades básicas de estos pueblos parece cada día más lejano e inalcanzable.

La ciencia, el instrumento más efectivo creado por el hombre para su liberación, constituye el más novedoso mecanismo de dominación de los países industrializados. Su rotunda superioridad científica y tecnológica genera una nueva división, en la cual las grandes potencias tienen virtualmente el monopolio de las técnicas más avanzadas, mientras que en los países depen-

dientes, se imponen pautas desconectadas de las verdaderas necesidades y posibilidades locales, se importan indiscriminadamente sistemas y tecnologías complejas y se bloquea así la creación de una capacidad científica propia.

Esta circunstancia nos orilla a cuestionar el papel de la ciencia, o más propiamente, de la actividad científica en nuestro medio; debemos insistir, no sólo en aprovechar los recursos de otros países, sino también en crear una capacidad científica suficiente para alcanzar un grado de autodeterminación que permita aplicar los conocimientos a la solución de problemas específicos propios a nuestra manera y según nuestras auténticas posibilidades. La creación de una capacidad científica de alto nivel, constituye entonces una de las condiciones esenciales para lograr la superación de la estructura de atraso y de la relación de dependencia, que es a su vez causa y efecto.

Los problemas relacionados con la salud reflejan también las características de nuestra organización social. Una medicina altamente tecnificada, onerosa y dedicada sólo al estudio del individuo, puede hacer perder de vista la enfermedad como fenómeno colecti-

tivo. La relación salud enfermedad está determinada por las condiciones de vida y trabajo. Resulta entonces imperativo pugnar no sólo por una vida más larga, sino por una vida mejor. Aprovechar nuestros recursos humanos, elevar su nivel profesional y evitar el favoritismo y el derroche que no sólo dañan a las instituciones médicas, sino que frenan el desarrollo de una política de salud tendiente a cubrir las necesidades básicas de grandes sectores marginados, tanto urbanos como rurales.

Quisiera hacer una última reflexión. Por primera vez en la historia de la Academia Nacional de Medicina, le toca a una mujer agradecer la aceptación de nuevos miembros. Esta es una novedad que mucho dice por sí sola y que lleva implícito un amplio espíritu de apertura. Que esa mujer sea yo o hubiese sido otra no es relevante, dado que somos muchas las mujeres que estamos conscientes del papel activo que nos toca desempeñar en esta sociedad.

Con estas palabras no pretendo de ningún modo señalar criterios, rumbos o normas. Por el contrario, es una manera de expresar que la entrega a que me he comprometido, abarca también estos aspectos.